



CARMEN. ¡Bachillera, tú te callas!

TIM. Sigue, hija, sigue.

JULIA. Y no es por falta de aptitud, sino porque no me la han dirigido. Yo bien siento que todo eso me cabe en la cabeza, pero no acierto á expresarlo.

CARMEN. Pues me parece que has recibido una de las educaciones más esmeradas que se dan en Madrid. Habla francés.

TIM. Un francés *Carrière Saint Jerónyme*. De frontera, de baños.

CARMEN. Toca el piano de repente.

JUAN. Como se mueren algunos.

CARMEN. Conoce las labores de su sexo, y pinta á la acuarela.

SALV. Por supuesto, pájaros y flores.

CARMEN. Y frutas también.

JUAN. Menos la manzana.

CARMEN. ¿Qué?

JUAN. Digo yo; como es la fruta prohibida...

JULIA. En cambio, confundo las capitales de Europa, y no estoy muy segura de poner todas las *haches* en su sitio.

TIM. Haz como tu madre, que las espolvorea, á caigan donde cayeren.

CARMEN. ¡Qué gracioso!

JUAN. No te apures, tonta: la hache es una letra muda, y no se te ha de venir á quejar.

HENNY. ¿Y nada más? ¿De modo que aquí la niña no se transforma poco á poco? Se tiene que mantener niña hasta la víspera, pero con la obligación de adivinar al día siguiente que es mujer. Eso es llevar á un soldado al combate sin darle armas para que se defienda.

CARMEN. Pues así nos va muy bien.

JUAN. Es claro. Si os contentáis con hacer de vuestras hijas un adorno para la velada, sin preocuparos de la luz del sol, que es la que acusa los defectos; del día, que es lo que se vive en la existencia...

SALV. Ustedes han convertido á la mujer en un conjunto de

efectos brillantes y luminosos, que seducen por un momento, pero que pasan.

JUAN. Como los fuegos artificiales.

TIM. Sin dejar más que humo tras sí.

JUAN. Ni producir resultado más que sobre el fondo obscuro de la noche.

TIM. Y algunas salen petardos.

CARMEN. (A Julia.) Nada, desde mañana, á estudiar leyes.

HENNY. No creas que le faltarían aptitudes.

TODOS. ¿Qué?

JULIA. ¡Habladora!

HENNY. Ya conoce el artículo cuarenta y siete del Código civil.

TIM. ¿El que prohíbe á las muchachas casarse sin el consentimiento paterno hasta tener veintitrés años cumplidos?

HENNY. Sí: se lo ha enseñado Jorge para cuando cumpla la edad. Pues lo mismo podría aprender los otros si quisiera.

CARMEN. ¿Para qué? A la mujer la debe mantener el hombre.

HENNY. Corriente: á condición de que se supriman las huérfanas y las viudas.

CARMEN. ¿Cómo?

HENNY. Privadas de apoyo de padre y de marido, dime qué van á hacer ellas en el mundo con su ignorancia y su debilidad.

CARMEN. Tú enséñale á una niña á ser virtuosa...

HENNY. Convenido; pero la ignorancia no es la virtud.

CARMEN. Que quiera mucho á su marido, que eso la basta.

HENNY. Error. El día que note él que le da amor con *hache*, se irá á buscar la ortografía de ese sentimiento en los brazos de una manceba.

CARMEN. (A Julia.) ¡Jesús! ¡Ahora sí que te vas volando!

SALV. ¡Señora!

JULIA. ¡Mamá!

TIM. ¡Excomunión mayor!

CARMEN. (A Julia.) ¡Andal!

JULIA. Pero... si yo sé ya lo que es eso.

CARMEN. ¡Deslenguada! ¿Y dónde lo has aprendido?

JULIA. ¡Toma! En las novelas que me haces leer en la velada.

TIM. Y bien que te gustan. (A Carmen.)

CARMEN. Eso se lee, pero no se repite.

TIM. Como el burro del gitano, que leía, pero no pronunciaba.

JUAN. He ahí la lógica de la mujer.

HENNY. Yo no hablo más. Debo parecerte algo... así... monstruoso.

CARMEN. Monstruoso, no; pero muy raro, fuera de lo natural.

HENNY. Precisamente lo que yo opino de vosotras. Os encuentro creadas para otro mundo, donde la existencia se pasase tocando nocturnos y bordando zapatillas. Yo no ceso de preguntarme cómo se defendería esta pobre criatura (Por Julia.) contra una de esas desgracias tan probables como terribles. ¿Qué habrías hecho tú, si, como yo, hubieras tenido que pasar por la amargura de ver destruído tu hogar, separados á tus padres...?

JULIA. ¿Separados?

CARMEN. No; se refiere á...

JULIA. ¡Ay! Pues á mí me habían dicho que tu madre no estaba á tu lado, porque no la probaba el clima de América.

HENNY. ¿A qué insistir? Vengo de otro mundo, y lo encuentro todo invertido. (A Salvador.) ¿Trajo usted las semillas?

SALV. Sí.

HENNY. Pues á plantarlas. Empiecen ustedes, mientras yo me cambio de traje. (A Carmen.) ¿Lo ves? también cultivo flores. Así que me trates más á fondo, te convencerás de las ventajas de una educación que, sin las gazonerías del colegio francés, ni los pudores de la institutriz inglesa, nos permite ser, por la fortaleza de nuestro espíritu y por el desarrollo de nuestra inteli-

gencia, la compañera del hombre en las horas del trabajo y de la lucha; sin dejar por eso de abrir, en los momentos consagrados á su culto, esas misteriosas alas de ángel que le presta siempre el amor á la mujer. (Mirándola.) Sí, tiita, sí. Tú verás cómo se puede ser fuerte sin parecer un sargento de caballería. VAMOS. (Vase con Julia y Salvador.)

ESCENA VII

CARMEN, JUAN y TIMOTEO

- CARMEN. ¡Demonio de chiquilla! Y el caso es que se le lleva á una el corazón detrás.
- JUAN. Ya tendrás ocasión de apreciarla.
- CARMEN. ¡Es tan mona! Pero sabe mucho.
- TIM. Más que nosotros.
- CARMEN. ¿De modo que tú la has puesto al corriente de su situación?
- JUAN. ¡Oh, sí! Y se cartea con su madre; se mandan flores, fotografías... No le he ocultado nada; en primer lugar, porque el temple de su alma es muy viril; y después, porque en mi sociedad, compuesta exclusivamente de hombres, era muy difícil conservarle la ignorancia sin lastimar su candor ó hacerlo degenerar en hipocresía.
- TIM. Es verdad.
- CARMEN. Y dime: ¿se parece á su madre?
- JUAN. No: María valía mucho más.
- CARMEN. ¡Jesús, qué desgracia!
- JUAN. No lo sabes bien, Carmen; hay que pasar por ello. Principia por el sobresalto constante de que se pueden encontrar un día.
- CARMEN. ¿Se han visto alguna vez?
- JUAN. Afortunadamente, nunca. Entra luego con el doloroso torcedor de que, mientras entre sus compañeras, una le borda un pañuelo á su madre por ser su santo y otra le lleva unas flores al cementerio porque perdió á la

suya, Henny ni la puede acariciar viva, ni llorarla muerta; pero tiene desequilibrado el corazón, porque fluctúa entre la fiebre del cariño y el hielo de la orfandad.

TIM. ¡Es terrible!

CARMEN ¡Caramba! Pues se sacrifica uno por ella.

JUAN. ¿Y cómo? Henny no ignora que su madre ni es digna de sus besos, ni merece mi perdón.

CARMEN. ¡Bribona!

JUAN. No; poco á poco; á cada cual lo suyo. Si aquí hay un bribón, soy yo.

LOS DOS. ¡Ah!

JUAN. Y mi hija lo sabe también, porque ante todo, la justicia. María ha desatendido sus deberes, es verdad; pero la mujer más santa de la tierra, hubiera hecho otro tanto con un marido como el suyo.

TIM. ¡Hola!

JUAN. Sí; aquella mártir ha sido honrada y buena, hasta que humanamente no ha podido seguir siéndolo. ¿Qué quieres? El defecto de nuestra raza.

CARMEN. ¿Cómo?

JUAN. En todos los países del mundo, el hombre, después que tiene concluída su carrera, consolidada su posición, y, sobre todo, formado su juicio, para disfrutar de todos estos bienes y constituir una familia, abre las puertas al amor y se casa. Pero en el nuestro, un estudiante de latín se creería deshonrado si no se echase una novia. Cree que porque se le han hinchado las encías, ya tiene dientes, y, en lugar de seguir mamando, se casa á deshora, se atraca de mujer y, es claro se le indigesta.

CARMEN. El Evangelio puro.

TIM. Por eso me opongo yo á las relaciones de Julia.

JUAN. Apenas salí á alférez, me destinaron á Burgos, y una tarde, como se me podía haber ocurrido el irme á rizar el pelo, me dije: «Ea, Juanito, al Espolón á buscar novia.» Y, naturalmente, la encontré.

CARMEN. ¿María?

JUAN. Sí. Hicimos el ganso un par de meses á pico y á pluma, y ya pensaba retirarme, porque las pagas se me iban en propinas para la cocinera, cuando supe que el padre se había enterado y nos hacía una oposición encarnizada.

TIM. Te veo venir. Lo que no era amor, se convirtió en amor propio.

JUAN. Eso es.

TIM. Lo mismo que mi hija.

JUAN. ¡Burlarse de un subteniente con una espada más larga que él y una cara llena de pelusa como un melocotón de Calatayud! Ya lo iba yo tolerando.

TIM. ¿Forzaste la máquina?

JUAN. En fin; cómo le aburriríamos, que el pobre hombre para librarse de mí, aceptó un cargo de Consejero en Filipinas y puso cuatro mil leguas entre los dos.

CARMEN. ¡Infeliz!

JUAN. Y aquí fué Troya. Se me metió en la cabeza que yo debía sentir una pasión por la muchacha. Pedí mi pase para Ultramar, y meses después, una noche de música me presentaba yo delante de ellos en la Luneta de Manila, cantándole al buen señor con la mayor desvergüenza, aquello de...

«Te llevaré á Puerto Rico
en un cascarón de nuez »

CARMEN. ¡Botarate!

TIM. ¡Lástima de azotes!

JUAN. Para terminar. María perdió la salud, su padre la paciencia y yo los estribos. Nos casamos, y sucedió lo que era inevitable que sucediera. A los cuatro años no quedaba más que una madre abandonada en un rincón de la Oceanía; un niño que se hacía hombre aprendiendo á afeitarse con una hija entre los brazos, y una inocente criatura á quien la lógica no le permite querernos y el respeto le impide maldecirnos.

CARMEN. Es claro, no tenéis temor de Dios. Os reís de las penas eternas.

JUAN. La conciencia es lo que á mí me asusta, Carmen, que lo que es en los infiernos se acabaron los diablos de punta; ya no quedan más que demonios embolados.

ESCENA VIII

DICHOS y LUISITO

LUISITO. ¿Dan ustedes su permiso?

CARMEN. ¡Ah! El niño de González.

TIM. Adelante, Luisito.

LUISITO. (Dando la mano á Carmen.) ¿Usted siempre tan polla?

CARMEN. Siempre.

LUISITO. ¿Y el amigo don Timoteo? (Golpeándole la espalda.)

TIM. Hecho también un pollo... retestinado.

LUISITO. Beso á usted la mano. (Saludando á Juan.)

JUAN. Beso á usted la suya.

LUISITO. ¿Y las muchachas, buenas?

CARMEN. Sí; por allá dentro andan.

TIM. Siéntate, buen mozo.

LUISITO. Un momento nada más, porque me esperan unos discípulos en el café.

TIM. ¿En el café?

JUAN. (Aparte á Carmen.) ¿Quién es este... caballero?

CARMEN. El hijo de unos amigos de casa. Muy listo.

JUAN. Así me lo parece.

TIM. ¿Y á qué debemos el gusto de verte por aquí?

LUISITO. Al cumpleaños de usted.

CARMEN. ¡Qué amable!

LUISITO. Papá y mamá se fueron ayer á la casa de campo de Valdemoro, y como no volverán hasta el jueves, me han encargado que viniera á saludar á ustedes en nombre suyo.

TIM. Gracias.

CARMEN. ¿Y cómo siguen?



LUISITO. Tan barbianes. Aquí tiene usted la tarjeta en que se excusan. (Dándole una á Timoteo y dejando caer al sacarla una peteca.)

TIM. Se te ha caído una cosa.

CARMEN. La cartera.

JUAN. No, me parece que es una peteca.

LUISITO. Sí. (Recogiéndola.)

TIM. ¿Pero ya fumas?

LUISITO. ¡Vaya!

CARMEN. ¿Y papá lo sabe?

LUISITO. ¡No faltaba otra cosa, y me lo aconseja! Soy ya un hombre.

TIM. ¡Ah!

CARMEN. Es muy resuelto. Anda, enciende uno, que te veamos.

LUISITO. Ya que usted me lo permite... (Ofreciendo.) ¿Ustedes gustan?

TIM. Yo no lo uso.

JUAN. Que aproveche. (Luisito enciende un pitillo.)

CARMEN. Vamos, á mí me hace mucha gracia.

JUAN. A mí tampoco.

CARMEN. Mira, mira. Si sabe echar el humo por las narices.

TIM. ¿Quieres quedarte á comer?

LUISITO. Bueno. Pensaba ir á Fornos.

TODOS. ¿A Fornos?

LUISITO. Ya había tomado el llavin.

CARMEN. ¿Y tienes tú dinero para esos *gaudeamus*?

LUISITO. Mi padre me da diez pesetas todas las semanas, porque dice que á un hombre no le debe faltar nunca un duro en el bolsillo.

TIM. (Aparte á Juan.) A un hombre .. Hay para darle un so-
plamocos.

JUAN. A él, no; á su papá.

LUISITO. Tengo trece años cumplidos. Estoy ya en segundo de latín.

TIM. ¡Ah!

LUISITO. Y ciertas cosas se caen de su peso.

TIM. No lo sabía.

JUAN. Es axiomático.

Fumarás en segundo de latín,
irás á Fornos y usarás llavín.

Ahí tenéis lo que decíamos hace poco. Se teme que los hijos desmientan la tradición, y se los educa privando á la niñez de sus mayores encantos y á la inocencia de sus legítimos derechos, por el solo placer de exhibirlos como esos frutos precoces que asombran por el tamaño, pero que no satisfacen por el sabor. Tanta licencia tolerada en el hombre y tan poca libertad concedida á la mujer. ¿Y hasta es muy posible que tenga usted novia?

CARMEN. ¡Jesús!

TIM. ¡Bah!

LUISITO. ¡Oh! ¡No, señor!

JUAN. Vamos.

LUISITO. Pasatiempos nada más.

TODOS. ¿Qué?

LUISITO. ¡A mí no me pescan!

CARMEN. ¡Qué criatura!

TIM. Lo entiende, lo entiende.

JUAN. ¿Y eso también se lo enseña á usted su papá?

CARMEN. Voy á hacer que venga Lola para que entretenga á Luisito. (A Juan.) Permite un momento. (Vase.)

JUAN. ¿Pero van á traer aquí á la pequeña para...?

TIM. Para que jueguen juntos, si no se aburren.

JUAN. ¡Ah! Bueno. ¡Qué serie de contradicciones! Por una parte, un rigor inquisitorial; por otra, una negligencia inconcebible. Nada, nada; que jueguen juntos; pero mira, de esa madera, salen luégo los brigadieres como yo.

TIM. ¡Qué exageraciones! Un niño y ella un ángel; no tiene más que diez años. Se ve que tú respiras por la herida.

ESCENA IX

DICHOS; LOLITA, con muñecas y juguetes.

LOLITA. Me ha dicho mamá que trajera los juguetes para entretener á Luisito...

LUISITO. ¡Qué amabilidad!

LOLITA. ¡Ah! ¿Estaba usted ahí? ¿Quiere usted que juguemos?

LUISITO. ¿Por qué no? (Preparan los juguetes sobre una mesa.)

TIM. Ven, Juan; te enseñaré los regalos que me han hecho las chicas.

JUAN. ¿Pero dejamos á los niños aquí solos?

TIM. Claro está; que no nos fastidien.

JUAN. Bueno, pues que jueguen. (Aparte.) Ya llorarán. (Vanse.)

ESCENA X

LOLITA y LUISITO

LOLITA. ¿Conque va ser á las muñecas, al Arca de Noé ó á la casa de Campo?

LUISITO. A mí me es igual; elija usted.

LOLITA. A lo último es más divertido.

LUISITO. Esta es la Granja. (Plantando los juguetes.)

LOLITA. No, señor; yo he estado en San Ildefonso y la Granja no es así. Esto se llama *métairie* en francés.

LUISITO. Lo mismo da; casa de labor ó granja, son sinónimos.

LOLITA. (Aparte.) ¡Sinónimos! ¡Cuánto sabe! (Alto.) El ternero.

LUISITO. ¡Qué mono! La vaca á su lado.

LOLITA. El toro paciendo.

LUISITO. Y aquí tomando el sol, el buey, para que esté toda la familia.

LOLITA. Pues qué, ¿los animales tienen parientes?

LUISITO. Sin duda; porque mi papá dice que la vaca es la madre del ternero, el toro el padre...

LOLITA. ¿Y el buey?

LUISITO. El buey no es más que el tío.

LOLITA. ¿Y por qué?

LUISITO. No sé; pero todos se ríen mucho cuando papá lo cuenta.

LOLITA. (Aparte.) Mañana lo preguntaré yo en el colegio.

LUISITO. (Pausa.) La otra tarde la ví á usted á la salida.

LOLITA. Y yo á usted; iba usted con Pablito.

LUISITO. Sí; y Pablito me dijo: «¡Cuidado que Lolita es guapa!»

LOLITA. Si, mucho.

LUISITO. Y yo le dije á Pablito: «¡Vaya si es guapa Lolita...!»

LOLITA. Favor que usted me hace.

LUISITO. Favor... favor... ¿Quiere usted...?

LOLITA. ¿Qué?

LUISITO. ¿Quiere usted ser mi novia?

LOLITA. ¡Cállese usted! ¡Si mis papás le oyesen...!

LUISITO. ¿Y qué iban á hacerme á mí sus papás de usted? Yo fumo ya.

LOLITA. Es verdad; y le quieren á usted mucho. Dicen que es usted muy despejado.

LUISITO. ¿Entonces...?

LOLITA. Pero...

LUISITO. Pero, ¿qué?

LOLITA. Nada; pongamos aquí los arbolitos.

LUISITO. Dejémonos de juguetes y respóndame usted.

LOLITA. Me habla usted de unas cosas... Yo soy aún muy niña.

LUISITO. A los diez años una niña es ya una mujer.

LOLITA. Eso es cierto.

LUISITO. ¿Me dice usted que sí?

LOLITA. No puedo.

LUISITO. ¿No le gusto á usted?

LOLITA. Sí, señor; me parece usted muy guapo, pero...

LUISITO. Acabemos.

LOLITA. Pues bien; yo ya tengo novio.

LUISITO. ¿Un rival? ¡Su nombre!

LOLITA. No se lo diga usted a nadie: Pablito.

LUISITO. ¿Ese mequetrefe?

LOLITA. Va á cumplir doce años.

LUISITO. ¡Pues! ¡Doce años, un niño!

LOLITA. ¡Ah! Vienen; disimulemos. Aquí el pastor con las ovejitas., bé .. bé...

LUISITO. Y detrás el perro: ¡guau, guau!...

ESCENA XI

DICHOS; HENNY, CARMEN, JULIA, JUAN, TIMOTEO
y SALVADOR

CARMEN. ¿Qué tal? ¿Os divertís mucho?

LOLITA } ¡Vaya!
LUIS. }

TIM. ¡Venturosa edad; todo candor! (Julia se asoma al balcón.)

JUAN. Y llavín.

TIM. ¡Hombre! Bueno es ser maliciosos; pero no tan calvos, que se nos vean los sesos.

HENNY. (A Juan.) Mira, ven. ¿No querías tú conocer al novio de Julia? Ahí lo tienes.

JUAN. (Mirando á espaldas de Julia.) Pero eso es un mamón.

JULIA. ¡Ay! (Retrocediendo asustada.)

TIM. Y más feo que un pecado mortal.

JULIA. Así, ponedme en evidencia.

JUAN. Pero criatura, parecerá que llevas á la escuela á tu marido.

JULIA. Para el amor no hay edades.

SALV. Poco á poco; existe una proporción. ¿No la conoce usted? Se toma la edad del hombre; se le añade el tercio, y la mitad da la de la mujer.

TIM. (Contando por los dedos) ¿A ver, á ver cómo es eso?

SALV. Yo tengo treinta años. ¿El tercio de treinta?

TIM. Diez.

SALV. ¿Treinta y diez?

TIM. Cuarenta.

SALV. ¿Mitad de cuarenta?

TIM. Veinte.

SALV. Pues esos deben ser los de ella.

TIM. ¡Cómo! Si Henny tiene veintitrés.

UNOS. ¿Qué?

OTROS. ¡Ah!

HENNY. Me gusta el sigilo. (A Salvador.)

CARMEN. Milagro que no hacías alguna de las tuyas.

TIM. Se me escapó.

JUAN. Es decir que estos jóvenes...

SALV. Mi general...

HENNY. Pues bien, sí. Ya lo sabes.

JUAN. Es decir, lo sé de oficio; porque llevo cuatro años de estar me haciendo el tonto. ¡Hijos míos! (Abrazándolos.)

JULIA. ¡Todos son más felices que yo! (Se deja caer llorando en una silla. Todos la rodean)

TIM. Ahora la otra.

CARMEN. Es natural.

HENNY. ¡Julia!

CARMEN. ¡Pobrecita de mi corazón!

LOLITA. (Aparto á Luisito.) ¿Se casa Henny?

LUISITO. Y nosotros también nos casaremos, si usted me corresponde.

CARMEN. ¡Por Dios, no llores!

JULIA. Dejádme que me muera de pena. ¿Quién hace caso de mí?

TIM. Si; ya se le pasará.

JULIA. ¡Ay, mamá! (Sollozando.)

CARMEN. ¡Caramba! Eso no. Es mi hija y no quiero que la felicidad de los otros, le sirva á ella de veneno. Seré enérgica una vez. (Besándola.) Se acabó, alma mía. Dile á Jorge que le permitimos venir á verte.

TODOS. ¿Qué?

JULIA. ¿De veras? (En el colmo de la alegría.)

TIM. Pero...

CARMEN. Tú te callas.

JULIA. ¡Qué buenos sois! ¡Cuánto más os quiero ahora! (Corriendo al balcón.) ¡Jorge... Jorge!... No está. Le escribiré. (Vase.)

TIM. ¡Madraza!

- CARMEN. No sabes el peso que se me ha quitado de encima.
LOLITA. (Aparte á Luisito.) ¿También se casa Julia?
LUISITO. Y si no me dice usted que sí, me pego un tiro.
LOLITA. Cállese usted.
LUISITO. Vaya si me lo pego.
LOLITA. Pues ea... ¡Pero que no lo sepa Pablito! Seré novia de usted.
TIM. (Que los ha estado escuchando.) ¡Qué barbaridad!
TODOS. ¿Qué?
TIM. Es una epidemia. Los niños, que ya se están dando palabra de casamiento.
SALV. }
HENNY. } ¿Si?
CARMEN. ¡Jesús!
JUAN. ¡Que jueguen! ¡Pobrecitos! ¡Que jueguen!
LOLITA. Papá, yo no tengo la culpa.
TIM. ¡A estudiar el catecismo, arrapiezo! Y tú, (A Luisito.) ¡largo de aquí, si no te quieres ganar una puntera!
(Vase Lolita.)
LUISITO. Respeto á la ancianidad. (Vase.)
SALV. ¡Habrás visto el títere!
CARMEN. Lo que es gracia, la tiene.
JUAN. ¿Si? Pues mira, andad con cuidado, porque esto es el prólogo de lo de Jorge y Julia.
CAR. }
TIM. } ¿Qué?
JUAN. Que salvo contadas excepciones, así es como principian los matrimonios en España.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

HENNY, CARMEN, JUAN, SALVADOR y TIMOTEO

Todos ocupan la misma situación que al finalizar el acto primero, del que el segundo es prosecución inmediata.

- TIM. Desde mañana, el renacuajo de Lolita, á pensión entera.
- JUAN. Muy bien hecho.
- CARMEN. Pero...
- SALV. Y si no, á doblar guardias.
- TIM. ¿Qué?
- SALV. Que tendrán ustedes un centinela en cada balcón.
- HENNY. ¡A los diez años! Si no se concibe...
- JUAN. ¡Y yo, necio de mí, que le he regalado una muñeca, como recuerdo de Cuba! Si llego á saber esto, le traigo un subteniente.
- SALV. Puede que ya esté contando, como Julia, los años que le faltan para poderse casar con la autorización del juez.

- HENNY. Por el maldito artículo cuarenta y siete, como lo llama ella.
- CARMEN. Es que el Código les ha jugado una mala pasada á las chicas.
- TIM. Les ha subido el pan, como si dijéramos.
- SALV. ¿Y el mequetrefe? ¡Qué modo de tenérselas tiasas!
- TIM. (Remedando á Luisito.) Respeto á la ancianidad.
- CARMEN. ¡Eso es lo que á tí te escuece, que te haya llamado viejo!
- TIM. Tal vez. Lo que á mí me escuece, es que hayas autorizado los amoríos de Julia con el badulaque de Jorge.
- JUAN. Verdaderamente, ese títere no puede inspirar respeto á nadie. ¡Aquello no es un hombre!
- CARMEN. Basta con que lo parezca. Y si no, acuérdate del marido de la verdulera que nos contaba nuestra pobre madre.
- JUAN. Sí; pero eso es un cuento.
- TIM. ¿A ver, á ver?
- CARMEN. (A Juan.) Refiéreló tú que tienes más memoria
- JUAN. Pues había en Pamplona una mujer, recia y bigotuda, que vendía hortalizas en la plaza. Su voz, sus ademanes, su corpulencia, todo en ella era hombruno. Por una de esas aberraciones, que no se explican, se había casado con un hombre tan chiquitín, y tan poquita cosa, que el día que la acompañaba á la ciudad, á la vuelta lo metía en el cuévano y se lo llevaba á casa sobre la cabeza para que no se cansase por el camino. Una de tantas veces, les salió al encuentro un mastín, y se puso á ladrar á la verdulera.— ¡Chucho, fuera de aquí!—le gritaba el marimacho, con su tesitura de bajo profundo; pero el agresor, convencido de que se la había con una mujer, se emvalentonaba más y más, y hasta se permitió morderle los zancajos. Por fin, el riesgo llegó á ser tan inminente, que el marido, aunque no confiaba mucho en su autoridad, se encaramó por el canasto como Dios le dió á entender, y sacando la cabeza por un asa,—¡A ver si tengo

que bajar yo!—dijo con su voz de f: lsete. Y el perro en seguida se acurrucó, metió el rabo entre las piernas, y se fué refunfuñando, como quien dice:—¡Con éste no me atrevo yo, que es hombre!

HENNY. Sí; pero como Julia no ha de llevar siempre á su marido en el cuévano...

TIM. En cuanto lo vean los podencos, lo acometen.

ESCENA II

DIGHOS y JULIA

JULIA. (Llorando.) ¡Ay, mamá mía!

TODOS. ¿Eh?

CARMEN. ¡Hija de mi corazón! ¿Qué tienes?

HENNY. ¡Julia!

JULIA. ¡Soy muy desgraciada!

CARMEN. Pero, ¿qué es ello?

JULIA. Jorge...

TIM. ¿Se le ha caído el portal encima?

JULIA. No.

SALV. ¿Le ha atropellado un coche?

JULIA. Tampoco.

HENNY. Lo que es, llorando, no nos entenderemos.

CARMEN. ¡Serénate!

HENNY. ¡Y habla!

TIM. Vamos, ¿a va á romper.

JULIA. Me fuí al comedor á escribirle; pero al oír que me silbaba...

HENNY. ¿Que te silbaba?

JUAN. Sí; aquí se llama á la novia lo mismo que al perro.

JULIA. Salí al balcón.

TIM. A refrescarse, como los botijos.

JULIA. Le estaba comunicando la feliz noticia, cuando de pronto le da...

CARMEN. ¿Algún accidente del júbilo?

JULIA. No; una bofetada.

TODOS. ¿Quién?

- JULIA. Una chica morena, bien parecida, con unos ojos como el azabache, y cargada con un pañuelo lleno de zapatos.
- SALV. ¡Adiós... alguna ribeteadora!
- TIM. Desde mañana, me calzo yo en su establecimiento.
- JULIA. Oiga usted, pito de feria—le dijo, con acento desgarrado y ademanes descompuestos...
- TIM. ¿Y le dió otra?
- CARMEN. ¡Hombre, calla!
- JULIA. —¿Dónde ha dejado usted el organillo? ¿Se le ha escapado á usted la mona?—añadió—mirándome como si se me quisiera comer. ¡Qué vergüenza! Yo me retiré en seguida del balcón.
- CARMEN. ¡Naturalmente!
- JULIA. Y, á través de los visillos, seguí mirando.
- HENNY. ¡Ah!
- JULIA. Él quería huir, porque la gente se arremolinaba; pero ella, agarrándole por el cuello, repetía:—¡Bribón, ca-sarte con otra!—Y, golpeándole con el paquete, exclamaba:—¿Qué voy á hacer yo ahora con esto?
- CARMEN. ¿Por los zapatos?
- JULIA. ¡Buenos zapatos! ¡Pobrecita...!
- UNOS. ¡Ah!
- OTROS. ¡Ya!
- TIM. ¡Vamos! Alguna dulce esperanza de...
- JULIA. Eso. ¡Infeliz!
- CARMEN. ¡Ave María Purísima! ¡Pílo!
- TIM. Pues por poco eres su suegra.
- JULIA. Por fin, desaparecieron entre las oleadas y los silbidos, y... ¡Ay, mamá de mi alma!
- CARMEN. ¡No te aflijas...!
- JULIA. ¡Todo ha concluído para mí!
- JUAN. Pues te doy la enhorabuena.
- SALV. Repito...
- JULIA. ¡Yo que le quería tanto!
- HENNY. ¡Qué habías de quererle! Ya te reirás de tí misma más adelante.

- JUAN. ¡Adiós, artículo cuarenta y siete!
- SALV. Ahora, á otro.
- JULIA. ¡Nunca, nadie más!
- TODOS. ¡Bah!
- JULIA. ¡Viviré de su recuerdo si no me mata la pena!
- HENNY. Entretanto, ven á arreglar las flores con Salvador y conmigo.
- SALV. Yo me cambio de traje, y soy con vosotros.
- JULIA. ¡Déjamel ¡Para flores estoy yo!
- TIM. Cultiva los pensamientos oscuros.
- CARMEN. Eso te distraerá.
- JULIA. ¡No; yo me quiero morir! (Vase.)
- CARMEN. ¡Qué barbaridad! ¡No la dejéis sola!
- HENNY. (Riendo.) No te apures. (Se va tras Julia.)
- SALV. Ya le substituirá. La semana que viene...
- TIM. Otro portero honorario en el portal de enfrente. (Vase Salvador.)
- CARMEN. ¡Es una bendición de Dios el poderlo tomar todo á broma, como lo hacéis vosotros!
- JUAN. Lo que no merece tomarse en serio.

ESCENA III

CARMEN, JUAN, TIMOTEO y LOLITA; después LUISITO

- CARMEN. ¡Esto le va á costar á mi pobre Julia...!
- LOLITA. ¡Mamá, mamá!
- CARMEN. ¿Qué, le ha pasado algo?
- LOLITA. ¿A quién?
- TIM. ¡Mujer...!
- LOLITA. Los señores que vinieron esta mañana, han vuelto; están ahí.
- CARMEN. ¡Ah, sí!
- TIM. (A Juan.) Se nos olvidó prevenirte. Un matrimonio que desea comprar la quinta de Pau.
- CARMEN. Quedamos en consultar contigo...
- JUAN. Lo que vosotros hagáis, está bien hecho.